

EL PERITO: DONDE EL TRABAJO Y LA ESCUELA REINAN...*

Por **Abel Julio Boujón**

I. Algunas consideraciones previas

Recordábamos tiempo atrás que la República Argentina, para el año de su primer centenario, ocupaba un sitio de privilegio en el concierto de las naciones: estaba en el sexto o séptimo lugar, y su producto bruto interno (PBI) era equivalente al de toda América latina. Nuestra Ciudad muestra, aún hoy, numerosos testimonios de ese pasado de esplendor. No se llegó a una posición tan expectante por generación espontánea ni porque la naturaleza fuese más generosa de lo que es hoy. Fue fruto de cientos de miles de argentinos e inmigrantes laboriosos que, en lugar de reclamarlo todo del Estado, abrevaban, mayoritariamente, en la cultura del trabajo y llevaban una vida ordenada y austera. Particularmente los inmigrantes, y en especial los que vivían lejos del centro, además de atender sus ocupaciones habituales, acostumbraban tener en la porción libre de sus terrenos sus propias huertas, las que, además de posibilitar ese placer, ese disfrute tan especial e incomparable como es consumir verduras, hortalizas o frutas cultivadas con las propias manos, recién cosechadas y en su punto justo, contribuían fuertemente a la economía familiar¹. Al-

*Especial para *Revista del Notariado*.

(1) Es poco probable que hoy día, en nuestra Ciudad, por haber pocos terrenos libres y el agregado de la contaminación ambiental, puedan desarrollarse muchas huertas familiares. No ocurre lo mismo en numerosas localidades del interior del país, en cuyas periferias esos terrenos abundan; pero se da una paradoja: terrenos que hasta hace algunos años eran un vergel, hoy están cubiertos por yuyos o, en el mejor de los casos, por pasto. Sus actuales moradores, que suelen ser nietos de aquellos abuelos laboriosos, en lugar de tutearse con la azada y el rastrillo

gunos gobernantes esclarecidos hicieron una lectura adecuada de la realidad local e internacional de entonces y, con decisión, condujeron ese esfuerzo colectivo por el camino apropiado hacia un destino venturoso. Es cierto que la distribución de la riqueza, si bien normal para la época, no era conforme hoy se entiende que debe ser, pero se tuvo el buen tino de generarla, en lugar de pedirle prestada. Quizás tuvieran fresco el recuerdo del discutido préstamo solicitado por Bernardino Rivadavia a la *Baring Brothers*. Se fomentó fuertemente la educación, conscientes de que el principal capital de un país, entonces como ahora, es el conocimiento. Como la educación produce efectos que se prolongan en el tiempo, a lo largo de varias décadas centenares de intelectuales argentinos trascendieron nuestras fronteras; en buena parte de América latina se estudiaba con libros de autores argentinos y editados en la Argentina. No pocos latinoamericanos se formaron en nuestras Universidades, a las que consideraban superiores a las norteamericanas; algunos llegarían a ser presidentes de sus respectivos países. No se había inventado todavía la “sanata” de que la educación tiene que ser divertida. En los colegios secundarios se le daba gran importancia al cuadro de honor y el abanderado era, sin dudas, el mejor alumno, ejemplo para sus compañeros y un orgullo para la familia; el que reprochaba sabía que la solución no pasaba por aplicarle un puñetazo al profesor y/o rector o rectora. El desarrollo del pensamiento crítico y de la creatividad no se lleva bien con la represión intelectual, pero es compatible con el orden, la disciplina, el respeto a los símbolos patrios, a los docentes y al derecho de los demás. El maestro, históricamente postergado en materia salarial, casi siempre fue, en cambio, millonario en vocación y en eso de darse casi sin límites en el cumplimiento de su apostolado. La actividad del docente debe de ser una de las más nobles y socialmente útiles de todas las conocidas. Nunca va a resultar bastante grande ni alto el monumento que se les dedique. Educación y trabajo son los cimientos en los que debe apoyarse cualquier proyecto que pretenda tener futuro. La famosa viveza criolla puede llegar a ser útil para muchas cosas pero, como es de vuelo corto, casi siempre termina cayéndose, y el golpe contra el suelo suele ser muy duro. “Es sabido que donde el trabajo y la escuela reinan la cárcel se cierra”, sostuvo ese argentino enorme del que hoy nos vamos a ocupar. Conmueve pensar en la cantidad de argentinos notables que ayudaron a forjar ese país codiciado por millones de inmigrantes. Ante el brillo sin par del General San Martín y de don Manuel Belgrano, es como si los cubriera un tejido media sombra, pero sin ellos esa Argentina no hubiese sido posible. Sin la pretensión de sustituir a quienes deben hacerlo desde el aula ni la erudición de los historiadores, nos parece de toda justicia, y oportuno en las actuales circunstancias, referirnos a algunos de ellos.

en un romance productivo, prefieren sumarse a las colas de los que reclaman una bolsa alimentaria o alguna otra forma de asistencia social. La cultura del trabajo que ennoblece, honra y dignifica... ¡de luto!

II. Porteño y arqueólogo de fama mundial

Existen infinidad de peritos, casi tantos como ramas en las que se divide el saber humano. La lista no se agota en los que habitualmente trabajan como auxiliares de la Justicia. También lo son quienes, en las exposiciones y concursos, dictaminan sobre la calidad de una determinada raza vacuna, caballar, aviar, o que actúan en cuestiones de límites o accidentes aéreos. Todos tienen en común que al título de perito se le agrega la especialidad: perito ingeniero, contador, calígrafo y así hasta el final. Esta regla, como casi todas las reglas, tiene –al menos en nuestro país– una excepción. Un perito argentino no necesitaba ni necesita de ningún aditamento a la hora de saber de quién se trata; alcanza con referirse al “*Perito*”, y nada más. Tiene ese privilegio por ser el más grande. Contaba con tan sólo 15 años cuando el sabio Burmeister llamó con una derivación de su apellido a un fósil: “*Dasyus Moreni*”, en reconocimiento por las investigaciones y hallazgos científicos que llevaban su impronta. En los documentos figuraba como Francisco Pascasio Moreno, nacido el 31/05/1852 en esta Ciudad –Paseo Colón y Venezuela–, hijo de Francisco Facundo Moreno –de destacada actuación pública y privada y uno de los fundadores del *Club del Progreso*– y de Juana Thwaites, por la que descendía de conocidos naturalistas y viajeros. Como huyendo de distintos flagelos que azotaban a la población por entonces, también vivió en Uruguay y Bartolomé Mitre, en una quinta de Parque Patricios, y en la zona de Chascomús, lugares donde colectó innumerables elementos arqueológicos, antropológicos y de historia natural que servirían de base para la fundación de su propio museo, el Museo Moreno, que más tarde donaría a la provincia de Buenos Aires y se transformaría en el actual Museo de La Plata, de cuya concepción y construcción se ocupó personalmente. Fue su director por muchos años, hasta que renunció por discrepar de la decisión de transferirlo a la Universidad. En su momento y bajo su dirección fue, en su tipo, uno de los mejores museos del mundo. Tenía tan sólo 20 años de edad cuando realizó su primer viaje al sur, por entonces tierra de indios y casi vedada al blanco. Para conocer mejor a algunas tribus en vías de extinción, vivió entre ellos y, entre otros gestos de buena voluntad hacia sus anfitriones, aceptó comer *exquisiteces* tales como sangre y vísceras de animales en estado crudo. Volvió con una serie de cráneos de antiguos indígenas, utensilios y otros elementos que le permitieron adentrarse en el conocimiento de los primitivos habitantes de nuestra Patagonia. Al regresar a Buenos Aires escribió un artículo sobre el tema, que se publicó aquí y tuvo también acogida en una revista científica francesa. Por gestión de Sarmiento fue designado Miembro Corresponsal de la Academia de Ciencias Exactas de la Universidad de Córdoba. Cuando tenía 27 años y su salud estaba seriamente quebrantada por los motivos que se mencionarán más adelante, para curarse, viajó a Francia. Aprovechó la oportunidad para anotarse en algunos cursos donde asistía lo más granado del conocimiento arqueológico y antropológico de la época. En cuanto fue reconocido, un clima de general regocijo se apoderó de los presentes. Se sucedieron los nombramientos y reconocimientos por entidades científicas de toda Europa. También recibió condecoraciones. Publi-

có ininidad de trabajos científicos y participó, como disertante, de innumerables conferencias.

III. El Perito explorador y su argentinidad

Cuentan que de niño, el Perito asistía a algunas clases que estaban a cargo de Domingo Faustino Sarmiento, quien tenía la costumbre de finalizarlas instando a sus alumnos a gritar a coro: ¡Viva la Patria! Quizás por eso la amó como pocos. Convocado por los presidentes Sarmiento y Avellaneda, realizó varios viajes a la Patagonia y también recorrió la zona cordillerana limítrofe con Chile, desde el norte hasta el sur. Ambos presidentes, vislumbrando futuros problemas de límites con ese país, promovieron la exploración y el conocimiento de la Patagonia y su incorporación efectiva a la soberanía nacional. Sin reclamar paga alguna por los servicios que se le requerían, y hasta poco antes de morir, buena parte del tiempo la pasó recorriendo el país que lo vio llegar en barco, en bote movido por remos o con caballos, en mula –así cruzó la Cordillera hacia Chile, junto con su esposa e hijos pequeños–, caminando con los pies llagados y el cuerpo sangrante por el roce con arbustos, espinas y piedras, muchas veces cansado y hambriento. Tierra maldita, había dicho Charles Darwin, algunos años antes, de nuestra Patagonia. No había llegado hasta donde lo hizo el Perito. Éste, el 15 de febrero de 1877, descubre y bautiza al más grande de nuestros lagos (1560 kilómetros cuadrados): “*Mar interno, hijo del manto patrio que cubre la cordillera en la inmensa soledad, la naturaleza que te hizo no te dio nombre, la voluntad humana desde hoy te llamará Lago Argentino. Que mi bautizo te sea propicio [...] cuando el sonido de vapor reemplace el grito del cóndor que hoy nos cree fácil presa, recuerda los humildes soldados que en este momento pronuncian el nombre de la patria bautizándote con tus propias aguas*”. Los lagos Musters, San Martín y Gutiérrez (por Juan María), el volcán Fitz Roy y el cerro Moyano serían también reconocidos y bautizados por el Perito. El 18/02/1877 descubre el hoy famoso *Glaciar Perito Moreno*. Antes había llegado al Nahuel Huapi donde enarboló, por primera vez, la bandera argentina. El 25/12/1879 haría lo propio en Esquel. El Perito, a lo largo de su vida fue, además de arqueólogo y antropólogo, geógrafo, paleontólogo, naturalista, glaciólogo, museólogo, consejero escolar, diputado nacional, escritor, soldado voluntario, perito en límites, benefactor y filántropo. Vivió, al servicio del país, un tiempo en Londres y otro en Chile, dando un formidable ejemplo a las futuras generaciones acerca de cómo se defienden los intereses nacionales, la soberanía y la integridad territorial. 4.500.000 hectáreas de territorio patagónico, sobre las cuales nuestra soberanía era cuestionada, hoy son definitivamente argentinas gracias, en gran parte, a sus esfuerzos y a la actitud decidida de un Presidente.

IV. El Perito legislador

En 1910 fue elegido diputado nacional, cargo al que renunció en 1913, en razón de su designación como miembro del Consejo Nacional de Educación. Durante su mandato presentó numerosos proyectos, entre otros, sobre cons-

trucción de varias líneas férreas en la Patagonia, para afianzar su poblamiento y desarrollo, y también facilitarle a Chile la salida de sus productos por puertos del Atlántico; de creación del Servicio Científico Nacional; de creación de colonias agrícolas en zonas de frontera; de creación del Parque Nacional del Sur, hoy Nahuel Huapi, la primera área protegida de América latina; de creación de estaciones experimentales agrícolas, antecedente del actual INTA; todos acompañados de fundamentaciones impecables.

V. El Perito y la educación

Entre otras realizaciones, creó las “*Escuelas Patria*”, la primera, en su propio domicilio, donde se alimentaba y educaba a los niños pobres (antecedente de los actuales comedores escolares) que sostenía de su propio bolsillo. Contrató amas de leche para la alimentación de bebés, las que se desempeñaban en las llamadas “*Cantinas maternales*”. Proyectó las “*Escuelas Nocturnas para Adultos*”, las “*Cantinas Escolares*”, las “*Escuelas para la Cenicienta*” (maestras ambulantes se encargarían de concurrir a los hogares humildes para dar instrucción a las hijas que, en ausencia de los padres que salían a trabajar, debían quedarse a cargo de los hermanos menores).

VI. El Perito multifacético. Fundó el scoutismo argentino

En 1900, el Perito anticipó al Gobierno la existencia de *carbón* en inmediaciones de San Julián y en 1903, de *petróleo* en Comodoro Rivadavia. Fue vocal del Patronato de la Infancia –PADELAI–, miembro del Aero Club Argentino, miembro de la Comisión del Centenario, y se encargó de la ejecución del Monumento al Paso de los Andes (*Cerro de la Gloria*). Fundó el *scoutismo* en la Argentina. En 1913 acompañó a Theodore Roosevelt, ex presidente de EE.UU., durante un viaje por nuestro Sur.

VII. El Perito y la adversidad. Condenado a muerte. Frutillas con veneno

La obra del Perito, de la que hacemos solamente una apretada síntesis, se agiganta aún más si se tiene en cuenta que debió luchar no sólo contra la rudeza del clima y los accidentes patagónicos. Aunque trató de llegar a una convivencia aceptable con los indios, no pudo con sus creencias y supersticiones: *dos veces fue condenado a muerte*, otra intentaron envenenarlo y los malos tratos a que fue sometido durante su cautiverio le dejaron secuelas que lo acompañaron de por vida. También debió enfrentarse con la incomprensión y la insidia de algunos blancos y acostumbrarse a convivir con la fatalidad: tenía 15 años cuando falleció su madre, víctima del cólera. Casado en 1885 con María Ana Varela, tuvieron siete hijos, de los cuales tres fallecieron siendo muy pequeños y su propia esposa murió de fiebre tifoidea cuando apenas tenía 29 años.

VIII. El Perito generoso

Por ley 4192 del año 1903, el Gobierno Nacional, como compensación por los servicios prestados a la Nación, le reconoció el derecho de ubicar para sí veinticinco leguas de tierras fiscales en la región de los lagos patagónicos, tres de las cuales donó para la creación del Parque Nacional que proyectara y las veintidós restantes las vendió tiempo después para hacer frente al sostenimiento de las Escuelas Patria y las Cantinas Maternales que fundara. “[...] *no dejo a mis hijos un metro de tierra donde sepultar mis cenizas*”, dijo pocos días antes de morir.

IX. El alma del Perito y un mate

El Perito falleció en nuestra Capital Federal el 22 de noviembre de 1919. En 1944 sus restos fueron llevados a la Isla Centinela, Parque Nacional Nahuel Huapi. Desde entonces, es costumbre que los buques que pasan por el lugar disminuyan su velocidad y hagan sonar sus sirenas o bocinas en su honor.

Hasta ahora no hemos logrado cruzarnos con nadie que haya vuelto del más allá, de la otra vida, para preguntarle cuáles son las condiciones de admisión y permanencia allá arriba. Sospechamos que el alma del Perito, fascinada por la belleza del Paraíso Patagónico, puede haber demorado su partida. La imaginamos contemplando embelesada nuestros lagos y glaciares, desde lo alto de ese alerce que, cuando Jesús nació, ya era un vigoroso ejemplar que había cumplido 600 años. Lo que no debe de saber el alma del Perito es que su llegada no va a pasar inadvertida; al final de su largo viaje, las almas del Comandante Luis Piedra Buena (“el caballero del mar”), del Capitán Pedro Giacchino y del Teniente Roberto Néstor Estévez, la estarán esperando con un reconfortante mate amargo, al tiempo que las de los restantes 647 gloriosos héroes de Malvinas, como obedeciendo a un mandato de Sarmiento, harán temblar el pavimento celestial con un vibrante ¡Viva la Patria! Que así sea...